PRESENTACIÓN/ *DIARIO DE ALEJANDRÍA* DE JOSÉ JESÚS VILLA PELAYO

Andrés Abad Merchán

> *"He escogido la ciudad de Alejandría para escribir mi Diario, para expresarme o no decir nada, para callar y ser cómplice de la ausencia de aullido; a veces inmóvil, tal vez siempre; sometido a los adverbios del scriptorium, a la brisa de la noche, a la rutina, a las visiones del futuro, a mi percepción de los signos de los tiempos, desprovisto de audacia, íngrimo, con dolor, con enojo, con indignación, con frío, caminando en círculos, sobre algún punto de un continente baldío".*

Así dice José Jesús Villa Pelayo en un fragmento de su Diario de Alejandría, evocando poéticamente la ciudad cumbre de la sapiencia sempiterna.

El estilo del libro que se constituye también en anecdotario, es un diario en el que el "fluir de la conciencia", en el sentido *joyciano*, nos lleva a numerosos parajes de la ficción y la realidad. Esta gavilla de cavilaciones es un poemario donde apenas se la nota la supuesta y antigua antinomia griega entre poesía y filosofía, la difícil decisión de preferir a Homero que a Platón. Las reflexiones son intimidades de su memoria y las aspiraciones de su espíritu;

textos en griego, citas en una multiplicidad de idiomas, fragmentos hebraicos, poemas franceses, palabras alemanas que están perfectamente ubicadas y aclaradas en el contexto; estas deleitan y enriquecen al lector, no ostentan ni pretenden demostrar la erudición del escritor que, sin embargo, la tiene.

El texto es de sobrada calidad y atrapa a lector, lo lleva clandestinamente al espacio de la palabra, de la cábala judía, por ejemplo, en la que todo tiene significado en la forma en que se escribe, su secuencia y qué letras aparecen dibujadas, en una particular manera de hacer literatura; es decir, incorpora la belleza en el fluir de la palabra impresa. Por ahí aparece el inmortal *Aleph* borgiano, el "sin espacio" hecho signo y símbolo.

Con solvencia académica, el autor se refiere a pensamientos y temas fundacionales de la cultura universal, la geopolítica, la filosofía, la literatura: "No hay tiempo para la poesía –dice Villa Pelayo-. El tiempo de la poesía ha muerto. El tiempo de la poesía siempre muere"; al decirlo hace, indudablemente poesía, o más bien meta poesía.

Un diario de catorce años de inquietudes internas, diálogos consigo mismo, o más bien con su otro yo, son esclarecimientos en su propio trajinar en el devenir temporal:

"*Si todo tiempo es eternamente presente* –como escribe T.S. Eliot-, *todo tiempo es irredimible*". Es un libro que algunos hubiésemos querido hacer, y escribir cada día, encaminando las palabras, los temas varios, que van y vienen de la conciencia, como un Zen-dero, dotado del poder del ahora –como diría ese visionario que se llama Eckhart Toll-; son análisis, pensamientos críticos sobra la vida, el creador, el mundo, la ecología, la música, la literatura, la historia, la filosofía y el pensamiento hermético, el arte en general-

Interesante la recopilación de Villa Pelayo, pues se trata de una celebración del instante vital como expresión poética: "*Venimos de la noche, y hacia la noche vamos*" –cita el autor a Vicente Gerbasi, en la alegoría del eterno retorno, con la imagen de la serpiente que se muerde la cola, el célebre *Ouroboros*. Esa celebración es la omnipresencia de la poesía en el mundo, que en la introducción del su poemario Nueva York, y recogido en este libro, el poeta expresa:

> La poesía se halla plasmada en todo cuanto nos rodea. Es precisamente allí, en cada árbol, roca o edificio donde la poesía deja escuchar sus ecos

Luego continúa en la reflexión: "*La poesía no es algo extraño, es cierto, pero es lenguaje indecible, punto de fractura entre lo humano y lo divino*"; es decir, es un encuentro con mística universal que

permite al ser humano ser dinámico en su propio reencuentro.

El libro de José Jesús Villa Pelayo “Diario de Alejandría” es un periplo en su destino personal, y al hacer el viaje se vuelve universal. Las civilizaciones poéticas permiten reflejar el propio devenir de la conciencia del lector, al menos a los que compartimos con él autores, pensamientos e inquietudes que nos son familiares, y que circulan como viento enérgico en los arenales de cada página.

Me agradó leer este libro, que no tiene secuencia; uno bien podría comenzar por el final y llegar al principio, es un *Ouroboros* por sí mismo, son profecías y relatos, cuyas metáforas son el reflejo del ciudadano del mundo, que mira cómo las imágenes posmodernas desfilan al frente de su retina. Es un libro de sabiduría escrito con delicadeza para el lector no enciclopédico, pero que brilla con luz propia como el faro de la ciudad mítica de Alejandría, donde estaba la gran biblioteca en una sola palabra, usted defínala…

Gracias